

Ponencia de
Don Salvador Ruiz Pino,
delegado diocesano de Apostolado Seglar,
en el Consejo de Laicos
de la Diócesis de Córdoba

IDENTIDAD Y MISIÓN DEL LAICO

21 de septiembre de 2013

AGRADECIMIENTOS E INTRODUCCIÓN

En primer lugar, quisiera agradecer a nuestro Obispo, D. Demetrio, la confianza que ha depositado en mí para esta misión como Delegado de Apostolado Seglar, que espero, con la ayuda de Dios, desempeñar lo mejor posible. Asimismo, quisiera mostrar mi agradecimiento más profundo al anterior delegado, Álvaro Martínez, que tanto y tan bien ha trabajado por el apostolado seglar, también a todos los que han colaborado con él, y desearle lo mejor para su nuevo servicio a la Iglesia como Presidente Nacional del Movimiento de Cursillos de Cristiandad.

Me encargaba D. Demetrio que, para el inicio de este Consejo Diocesano de Laicos, hablara algo sobre la identidad y la misión del laico, tomando como guía la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* de nuestro muy querido por todos Beato Juan Pablo II, de la que vamos a cumplir próximamente su vigésimo quinto aniversario.

1.- LA IGLESIA COMO MISTERIO

Todos recordamos cómo comienza la Constitución *Lumen Gentium*, cuya lectura y estudio nos propone el Obispo para este curso pastoral:

Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes. Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales técnicos y culturales, consigan también la plena unidad en Cristo.

La Iglesia es sacramento universal de salvación, constituida por Cristo, no como una institución política, económica o social, sino para establecer el plan de Dios en la comunidad humana, por lo que está llamada a servir al hombre y a la sociedad en constante actitud evangelizadora.

El misterio de la Iglesia, cuerpo de Cristo y pueblo de Dios, suele explicarse con imágenes bíblicas como la labranza o la edificación de Dios, el redil del Buen Pastor, la “Jerusalén de arriba” o la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado.

En la ChL el Papa Juan Pablo II, volviendo los ojos hacia la *Lumen Gentium*, explica el misterio de la Iglesia desde las metáforas evangélicas de la vid (“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos”) y la viña (“id también vosotros a mi viña”), recordando que a nadie le es lícito permanecer ocioso en la tarea de ser sal y luz en el mundo, evitando:

- la tentación del sobreactivismo eclesial de los laicos en detrimento de las responsabilidades específicas de cada uno en el mundo profesional, social, económico y político.
- la tentación de la separación entre la fe y la vida.

Así, los miembros de la Iglesia, que según la *Gaudium et spes*, compartimos los “gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”, tenemos el deber de abrir el mundo a una visión espiritual y trascendente de la vida, defender la sacralidad de cada persona humana, y sembrar la paz en un mundo ahogado por la conflictividad. En esta circunstancia social, nos dice Juan Pablo II, “los fieles laicos tienen un puesto original e irremplazable” “como signo y fuente de esperanza y amor” en el anuncio del “evangelio vivo y personal, Jesucristo mismo”, “la noticia nueva y portadora de alegría.”

2.- IDENTIDAD Y MISIÓN: LA VOCACIÓN LAICAL Y LA ÍNDOLE SECULAR

La LG (31) define lo que son los laicos de la siguiente manera: *Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles*

que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde.

Inmediatamente después, los padres conciliares vienen a vincular esta identidad del laico con su misión y lugar de actuación:

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. (...) A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor.

Los laicos, por tanto, estamos llamados por Dios, vocacionados por Dios, con vocación propia y singular, para iluminar y ordenar las realidades temporales para que progresen según el designio de Dios.

La ChL nos recuerda las palabras de Pío XII: «*Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por tanto ellos, ellos especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia (...)*»

Siguiendo la imagen de la vid, Juan Pablo II señala que “los fieles laicos —al igual que todos los miembros de la Iglesia— son sarmientos radicados en Cristo, la verdadera vid, convertidos por Él en una realidad viva y vivificante”.

Para Juan Pablo II la base de la identidad del laico está en la fe y los sacramentos de la iniciación cristiana, particularmente en el bautismo, con el que el laico participa del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo. Así, el laico es llamado también a participar de la santidad de Cristo, en una vocación particular para iluminar y ordenar las realidades temporales, como dijimos antes. Como diría Tertuliano de forma lapidaria: “uno se hace cristiano (es hecho cristiano), no nace cristiano”.

En este sentido se expresa también el número 3 del Decreto *Apostolicam Actuositatem*:

Los cristianos seglares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que insertos en el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor. Son consagrados como sacerdocio real y gente santa (Cf. 1 Pe., 2,4-10) para ofrecer hostias espirituales por medio de todas sus obras, y para dar testimonio de Cristo en todas las partes del mundo. La caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y mantiene con los Sacramentos, sobre todo de la Eucaristía.

Por consiguiente, se impone a todos los fieles cristianos la noble obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra.

3.- LA COMUNIÓN

El Beato Juan Pablo II, en la ChL, hace hincapié en una eclesiología de comunión cuando afirma: “*Todos somos sarmientos de la única vid, que es Cristo. Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia*”. Esta comunión de los santos, fundamentada en la Palabra de Dios y en los sacramentos, tiene una doble participación vital:

- Unión a Cristo y en Cristo.
- Unión entre los cristianos dentro de la Iglesia.

Por lo tanto, todos en la Iglesia, tanto quienes han recibido ministerio ordenado, y que están al servicio de todo el pueblo de Dios, así como los religiosos y los fieles laicos estamos llamados, cada cual particularmente, a vivir el don de la comunión eclesial con profundo sentido de responsabilidad.

Decía Mons. Fernando Sebastián: “La misión de los laicos en el mundo es la misión general de la Iglesia. La Iglesia entera, mientras es peregrina, vive en el mundo. Clérigos y laicos tenemos algo que ver con él aunque sea de diferente manera. No es verdad que los clérigos se ocupen sólo de cosas santas y los laicos de las temporales”.

De aquí se deriva que los laicos deben ejercer, y los pastores promover, los diversos ministerios, oficios y funciones que se le pueden encargar. Todo ello reconociendo que el ministerio ordenado es radicalmente distinto al laical, no sólo por grado, sino por esencia, pero sin dejar de asumir las responsabilidades que nos son propias.

Para ejercer este apostolado, el Espíritu Santo provee de la gracia necesaria, o, como se ha venido denominando, de los carismas especiales, como afirma el decreto *Apostolicam Actuositatem* (nº. 3):

Para ejercer este apostolado, el Espíritu Santo, que produce la santificación del pueblo de Dios por el ministerio y por los Sacramentos, concede también dones peculiares a los fieles (Cf. 1 Cor., 12,7) "distribuyéndolos a cada uno según quiere" (1 Cor., 12,11), para que "cada uno, según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los otros", sean también ellos "administradores de la multiforme gracia de Dios" (1 Pe., 4,10), para edificación de todo el cuerpo en la caridad (Cf. Ef., 4,16).

De la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, procede a cada uno de los creyentes el derecho y la obligación de ejercitarlos para bien de los hombres y edificación de la Iglesia, ya en la Iglesia misma., ya en el mundo, en la libertad del Espíritu Santo, que "sopla donde quiere" (Jn., 3,8), y, al mismo tiempo, en unión con los hermanos en Cristo, sobre todo con sus pastores, a quienes pertenece el juzgar su genuina naturaleza y su debida aplicación, no por cierto para que apaguen el Espíritu, sino con el fin de que todo lo prueben y retengan lo que es bueno (Cf. 1 Tes., 5,12; 19,21)

4.- LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES LAICOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA.

a.- La Parroquia: La parroquia es el lugar privilegiado de participación del laico en la vida de la Iglesia. “En la parroquia la comunión eclesial -dice ChL- encuentra su visión más visible e inmediata”. Por ello señala Juan Pablo II: “*Es necesario que todos volvamos a descubrir, por la fe, el verdadero rostro de la parroquia*”, que “*está fundada sobre una realidad teológica porque ella es una comunidad eucarística*”.

b.- Apostolado personal: desde la conciencia de ser un miembro de la Iglesia, a quien se la ha confiado una tarea insustituible e indelegable, es importante intensificar el dinamismo misionero de cada fiel laico.

-La gran ventaja: llegar a tantos lugares y ambientes como están ligados la vida de cada fiel laico.

-El peligro: deber de coherencia de vida personal y fe. De no ser así, todo esfuerzo sería inútil y contraproducente.

c.- Apostolado asociado: El derecho de asociación de los laicos también tiene una importante razón de orden teológico, pues el Concilio Vaticano II ve en el apostolado asociado “*un signo de la comunión y unidad de la Iglesia de Cristo*”. Por lo tanto, desde la eclesialidad, que debe discernirse por la autoridad eclesiástica, y con el estímulo y guía de los pastores, esta vida de comunión de las asociaciones de fieles son “*un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer a Cristo*”.

5.- LA NUEVA EVANGELIZACIÓN.

También los laicos estamos llamados a dar fruto en la tarea evangelizadora de la Iglesia. “*La comunión es misionera y la misión es para la comunión*”. Cada discípulo es llamado en primera persona a evangelizar. “A los fieles laicos les corresponde testificar cómo la fe cristiana constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad”.

- La nueva Evangelización depende en gran medida de la coherencia entre fe y vida. *Pacem in terris, 153: La inconsecuencia que demasiadas veces ofrecen*

los cristianos entre su fe y su conducta, juzgamos que nace también de su insuficiente formación en la moral y en la doctrina cristiana.

- Sirviendo a la persona y a la sociedad: promoviendo la dignidad de la persona, el derecho a la vida, la libertad, la familia, la justicia que no puede separarse de la caridad.
- Evangelizando la política, y la cultura, situando al hombre en el centro de la vida socioeconómica.

Papa Francisco, *Lumen Fidei*, 55: *¿Seremos en cambio nosotros los que tendremos reparo en llamar a Dios nuestro Dios? ¿Seremos capaces de no confesarlo como tal en nuestra vida pública, de no proponer la grandeza de la vida común que él hace posible? La fe ilumina la vida en sociedad; poniendo todos los acontecimientos en relación con el origen y el destino de todo en el Padre que nos ama, los ilumina con una luz creativa en cada nuevo momento de la historia.*

6.- LA FORMACIÓN DE LOS FIELES LAICOS.

Según afirma la ChL (nº 58):

“La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión.”

“En efecto, Dios ha pensado en nosotros desde la eternidad y nos ha amado como personas únicas e irrepetibles, llamándonos a cada uno por nuestro nombre”. “Para descubrir la concreta voluntad del Señor sobre nuestra vida son siempre indispensables:

- *la escucha pronta y dócil de la palabra de Dios y de la Iglesia*
- *la oración filial y constante*
- *la referencia a una sabia y amorosa dirección espiritual*
- *la percepción en la fe de los dones y talentos recibidos y al mismo tiempo de las diversas situaciones sociales e históricas en las que se está inmerso*
- *la vigilancia, como atención solícita a la voz de Dios, actitud fundamental y permanente del discípulo.*

De todos modos, no se trata sólo de saber lo que Dios quiere de nosotros, de cada uno de nosotros en las diversas situaciones de la vida. Es necesario hacer lo que Dios quiere

Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse cada vez más capaz. Desde luego, con la gracia del Señor, que no falta nunca, como dice San León Magno: «¡Daré la fuerza quien ha conferido la dignidad!»; pero también con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros.

Fundamental para esto es la formación de los laicos en doctrina social de la Iglesia, donde encontramos las claves para nuestro actuar en sociedad como cristianos. ChL (nº 60): *En concreto, es absolutamente indispensable —sobre todo para los fieles laicos comprometidos de diversos modos en el campo social y político— un conocimiento más exacto de la doctrina social de la Iglesia.*

No obstante, cuando algunos teólogos y, en general, estudiosos comprometidos con el ámbito social, se acercan a la doctrina social de la Iglesia y a la teología social corren el riesgo de despojar a este precioso magisterio de su carácter sobrenatural, cayendo en planteamientos materialistas: reducir la doctrina social y el propio bien común que procura y busca, a aspectos materiales y a la instauración de nuevas realidades económicas. Frente a esto, podemos fijarnos en textos como la *Pacem in terris*, en su quincuagésimo aniversario:

58. ... el bien común abarca todo un conjunto de condiciones sociales que permitan a los ciudadanos el desarrollo expedito y pleno de su propia perfección.

59. El hombre, por tener un cuerpo y un alma inmortal, no puede satisfacer sus necesidades ni conseguir en esta vida mortal su perfecta felicidad. Esta es la razón de que el bien común deba procurarse por tales vías y con tales medios que no sólo no pongan obstáculos a la salvación eterna del hombre, sino que, por el contrario, le ayuden a conseguirla.

7.- DESDE LA ORACIÓN Y LA CARIDAD.

Caritas in veritate, 79: El desarrollo necesita cristianos con los brazos levantados hacia Dios en oración, cristianos conscientes de que el amor lleno de verdad del que procede el auténtico desarrollo, no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don.

Los laicos tenemos verdadera necesidad de una auténtica espiritualidad laical, profundamente eucarística y en clave de comunión, donde el domingo sea el centro que irradie luz para toda la semana y proporcione fortaleza para los trabajos diarios, con participación asidua en la Eucaristía, si las obligaciones lo permiten diaria.

Y, si bien nuestra misión tiene como destinatarios a todos los hombres, prevalecen entre éstos los más pobres, los que sufren exclusión, los últimos y no atendidos de nuestra sociedad, donde reconocemos y tocamos las llagas de Cristo sufriente. El laico, como todo cristiano, debe hacer *opción preferencial por los más pobres*, pues en este punto está en juego nuestra propia coherencia y la credibilidad de la Iglesia ante el mundo:

Del documento “Iglesia y los pobres”, CEE, 1994: *De aquí que el encuentro con el pobre no pueda ser para la Iglesia y el cristiano meramente una anécdota intrascendente, ya que en su reacción y en su actitud se define su ser y también su futuro, como advierten tajantemente las palabras de Jesús. Por lo mismo, en esa coyuntura quedamos todos, individuos e instituciones, implicados y comprometidos de un modo decisivo. La Iglesia sabe que ese encuentro con los pobres tiene para ella un valor de justificación o de condena, según nos hayamos comprometido o inhibido ante los pobres. Los pobres son sacramento de Cristo. Más aún: Ese juicio y esa justificación no solamente debemos pasarlos algún día ante Dios, sino también ahora mismo ante los hombres. Solo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento.*

Los laicos, como vemos, tenemos una gran responsabilidad en el momento actual de la Iglesia y del mundo. Como terminaba el documento “Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo”, de los obispos españoles (año 1991): *La nueva evangelización se hará, sobre*

todo, por los laicos, o no se hará. Tenemos trabajo por delante, pongámonos manos a la obra.